









con la abuela, especialmente cuando estaba como una cuba, y cuando por fin las cosas se calmaron la sentencia fue irrevocable: L. A. se quedaba con nosotros.

La abuela era partidaria de la idea de que la mejor estrategia contra el miedo y la confusión era el contraataque, y su método consistía en afianzar lo que había que hacer primero, fuese lo que fuese, para pasar acto seguido a lo siguiente y a lo que viniera a continuación. Ahora que L. A. se encontraba más o menos bien y no se marchaba a ninguna parte, lo siguiente en el orden del día era ir a buscar su ropa y sus cosas a casa de la tía Rachel, incluida su perra *Jazzy*, una bola peluda de ojos saltones que la abuela daba en llamar «una cagonceta». Pero L. A. no quiso acompañarnos, y negó enérgicamente con la cabeza cuando la abuela trató de convencerla al señalar, de un modo muy razonable, a mi entender— que la necesitaríamos para saber lo que teníamos que llevarnos.

—Vamos, L. A., todo va a ir bien —dije.

Entonces se apartó con la mirada puesta en el recibidor, trazando así su línea de retirada.

—De acuerdo —claudicó la abuela al tiempo que cogía su monedero.

Nos llevamos todo lo que pudimos de casa de la tía Rachel y lo cargamos en la camioneta; L. A. se alegró por unas décimas de segundo al vernos salir del vehículo con *Jazzy* debajo de mi brazo. Echó a correr para arrebatármela cuando llegué a la altura del parterre de camelias al final del sendero de entrada.

La abuela y yo dejamos los bultos en la zona del vestíbulo que antiguamente había sido el cuarto de costura, ya que allí había una cama para invitados. Mientras trabajábamos, la abuela explicó que en la antigua China los perros como *Jazzy* recibían el mismo nombramiento oficial que los gatos para dejarlos entrar en la Ciudad Prohibida, a la que por lo visto sólo los gatos tenían acceso.

Como muchas de las cosas que contaba la abuela, este comentario surtió el peculiar efecto de embotarme la mente con ideas